

## Camino adelante

### ¿INSTITUTO MUNICIPAL?

Con motivo de uno de nuestros artículos acerca del Instituto de segunda Enseñanza publicado en los últimos días de la próxima pasada primavera, nos preguntaba una tarde un amigo en el Círculo Mercantil:

—¿De veras teme usted que desaparezca el Instituto?

Yo, le pregunté a mi vez:

—¿En este deteriorado retablo político-local que contempla usted desde hace un año, ve entre las figurillas que en él se agitan alguna que valga dos pesetas allende la Hoya?

Mi amigo me miró un instante, inclinó la cabeza, meditó y, silabearon sus labios:

—Es verdad.

—Mire usted, mi amigo: Yo soy republicano viejo, esto es, republicano histórico, como dicen con cierto desdén estos fríos del día que manejan en todas partes la cosa pública. Los republicanos históricos, los que, cuando estos niños góticos que republicanos se llaman estaban en la lactancia o ceñían chichonera, sentíamos ya ese ideal y luchábamos por él con todo el vigor y el ardimiento de nuestra juventud; los que rostro al enemigo y dando siempre la cara—éstos, daban la parte posterior antes de venir la República—combatíamos por la propagación y el arraigo de las ideas republicanas arrojando todas las consecuencias de nuestros actos, teníamos fé, profunda fé en el lema que nos inspiraba: Libertad, Justicia, Derecho. Ansiábamos una vida nueva, una patria grande. Soñábamos con la extinción del favoritismo, de la arbitrariedad, del abuso, de la injusticia; queríamos hacer desaparecer para siempre los privilegios que elevaban a los ineptos y postergaban a los útiles con perjuicio de la vida político-social en todos sus múltiples aspectos; queríamos que la verdad, nuestra Verdad republicana, franca, noble, sincera, afectuosa y grave al par, se extendiera por todos los ámbitos de España, cobijara a todos conquistando prosélitos, disminuyendo enemigos, reduciendo cada día el campo contrario y aislando finalmente a los recalcitrantes, a los incurables de egoísmos malsanos, por falta de ambiente donde se pudieran agitar con perjuicio de los ciudadanos libres, respetados, tan cumplidores de sus deberes como respetados en sus derechos.

Porque este ideal plasmara en la realidad, por la implantación de este régimen, luchábamos ya los republicanos históricos cuando estos niños góticos que republicanos se llaman estaban en la lactancia o ceñían chichonera; por él combatíamos entonces, hemos combatido siempre y combatiendo estamos en la actualidad. Porque dígame usted, mi amigo, ¿es la República la que impera hoy en España?

El hombre volvió a mirarme, de

nuevo inclinó la cabeza, meditó otra vez y sus labios silabearon al fin:

—No es la República.

—En vano encontraría usted argumentos para probarme lo contrario. Son tan elocuentes los hechos, tienen tal relieve y grita con tal fuerza la Verdad que inutilmente pretende acallarla la incesante palabrería de ese gran sofista que ocupa el Poder hoy ya a su pesar y con perjuicio del régimen.

No, no impera la República, amigo mío. La disconformidad de usted como la de tantos ciudadanos, es natural. Su molestia es lógica, su intransigencia está justificada. Lo que ve usted con asombro y enojo en nuestra ciudad, es lo que desde el 14 de abril pasa en todas partes. El pueblo que ya no podía soportar las miserias que corroían el viejo régimen llamó imperiosamente a la República. Los republicanos históricos creyeron llegada su hora; los verdaderos demócratas juzgaron propicio el momento para implantar sus doctrinas, pero una vanguardia de gente inopinada de todas procedencias menos del solar republicano, retoños de la podrida monarquía, larvas formadas en su hediondo seno, plebeyos de espíritu, ambiciosos vulgares de mala jaez, en abalancha de codicias impudicamente manifestadas, elevando al máximo el procedimiento del atropello, treparon sobre la dignidad ciudadana para encaramarse en la altura y proclamarse dueños de la cosa pública. ¿Qué vé usted a su alrededor en esta desdichada ciudad? Ineptitud, pequeñez, ignorancia supina, ambición desmedida, venganzas ruines, odios y malquerencias, persecuciones miserables, intrigas de bajo vuelo, compadrazgos ominosos, traiciones y perfidias, caciquismo repugnante, monstruosos maridajes de las más escandalosas resultantes.

Hoy que impera arriba el favoritismo con daño de la justicia, que es omnívoro como nunca el poder de la influencia, que hasta los gusanos se yerguen para alzar con los personajes; hoy que en norma se convirtió el *enchufismo*, que tanto se dá con razón y sin ella, que tanto se otorga a base de privilegio, ¿qué han conseguido para beneficio de nuestra ciudad, qué ventajas, qué mejoras para Lorca obtuvieron estos valedorillos de nuestro país que tanto prometieron? ¡Ay, mi querido amigo, jamás pudieron llegar ellos a más y Lorca a menos! ¿Dónde está el valimiento de estos cóngrios? ¿Quién los atiende más allá de la Hoya? ¿Los calaron arriba y los miran por encima del hombro?

De un año a esta parte para desdicha de todos y vergüenza de ellos, hemos perdido la guarnición militar, el cuadro de Reclutamiento, que amiraban la miseria en que Lorca vive,

## Corolarios

### CRISIS DE HOMBRES

«Padecemos crisis de hombres» fué un dicho asaz resobado en los tiempos de la Monarquía. Tiempos que si a veces nos parecen ya lejanos, no dejan de parecernos otras adheridos e inseparables a la actualidad. Enfocando así llegamos a tener la sensación de que el tiempo permanece (Y claro que el tiempo, en sentido estricto, permanece). Pero es que pónese ante la vista un tipo de hombres permanente. Que no es ya lo que conviene al famoso apotegma: «El tiempo es inmutable, él permanece y nosotros (los hombres) pasamos».

¿Qué cual es la estandarización humana que acusamos como una sensible perduración? La de un realismo criticista (*pesimista* hubiéramos dicho a primeros de siglo, *derrotista* ahora), que no repudiamos porque el tema sobre que versa salta a los ojos; pero que nos duele y lastima, ya que no queremos apearnos del optimismo. (Y somos optimistas porque somos inmortalistas).

Asevera don Marcelino Domingo que falta, al frente de los parlamentarios catalanes, un estadista de dilatado horizonte. Es posible que no se engañe. Pero es sensibilísimo cuando Cataluña va a una experiencia muy seria para autogobernarse.

¿Ya tiene gravedad la opinión del catedrático universitario Sánchez Román! El tema no es baladí. Es la crisis de la Universidad española. Es que en España no hay el número de hombres de ciencia precisos para atender todas las enseñanzas universitarias establecidas. Es que en la España actual, al decir del docto catedrático no se hallan 600 hombres de ciencia. ¡En 21 millones de habitantes!

¿Cómo, descartando así, en vivo, llegamos a las vísceras anatómicamente deficientes y de rendimiento fisiológico precario!

no han conseguido ni aún que el ministro de la Guerra realice su propósito de establecer aquí el Centro de movilización militar que hasta han llegado a confundir con la dotación de guardias de asalto. ¡Si sabrán la importancia del referido centro militar que con tanta codicia han pedido para Murcia los diputados a quienes Lorca otorgó sus votos? Si hasta nos han pasado por ojo los constructores de firmes especiales saltando desde el cerrado y abandonado cuartel de Sancho Dávila hasta la carretera de Granada dejando diez calles lorquinas sin pavimentar! ¿Hay vergüenza mayor? ¡Si ofrecidas a Lorca cincuenta mil pesetas por la gestión del diputado de los mil votos para atender al paro obrero y sólo fueron logradas veinte mil que enviaron no pudiendo arrancar las restantes que a otra irían?

Estos son nuestros valedores, mi

¿Cuánta luz ya! Porque la discusión del Estatuto Catalán presta iluminando tantas zonas del vivir nacional!

A ser un cuadro perfecto lo que ha hecho el profesor Sánchez Román de la Universidad española, hay que pensar que no toda suerte de males es achacable al régimen. Nosotros lo pensamos más de una vez y antes de ahora recordamos haberlo escrito.

¡Que lástima que al advenir la República no hubiéramos estado todos los españoles previamente revolucionados, cambiados y predisuestos a una democracia limpia, y culta políticamente!

Si hay español—de los que odian a la República con o sin antifaz—que se regozije del panorama, hace mal, y se olvida de como no deja de estar incurso como actor en el proceso, y en el fallo condenatorio.

¿Es católico? ¡Ah! Los católicos no tuvieron un monseñor Séipel; ¡Ya hubieran querido un Vicente Mantero al!

Al catolicismo español le ha faltado todo, menos la doctrina, en el momento preciso. Ni hombres ni organización. Ni aptitud para la acomodación al cambio, ni capacidad y empuje estrictamente, humanamente defensivo en el momento preciso.

La República ¿que ha producido? Azaña. ¿Uno solo? ¡Bien poco!

Lo hemos de sentir como venimos sintiendo otras carencias. Porque ser español no es, a secas, ser republicano o monárquico, jesuita o masón, de derechas o izquierdas... Todos, en su acción, si apuntan a superarse en bien de la Patria, merecerán bien de ella y cobrarán para ella el máximo bien de su prosperidad.

JOAQUÍN MARTÍNEZ PERIER

caro amigo, los que han dotado a Puerto de Lumbreras de su ansiado puente, puente electoral tan sólido como el valer político de los que lo prometieron. Pero los viajes a Madrid han sido infinitos sin otra utilidad que la del consiguiente divertimento.

Y ante este desastre, ante tan eloquentísimas pruebas de insignificancia ¿quién le ha dicho a usted que nuestro pobre Instituto local de Segunda Enseñanza no sufre el peor día un grave percance? ¿quién le ha dicho a usted que egoísmos de éste o éstos, que aprovechadores de este estado de cosas no trabajan con el fin particular de convertir ese centro docente en materia explotable para unos cuantos amigos? ¿Quién le ha dicho a usted que ya que no pueden ascenderlo en categoría no haya quien o quienes intenten rebajarle la que tiene con sus

partícula es miras? No se asombre, mi amigo, que de menos nos hizo Dios puesto que nos hizo de barro, según afirman los nuevos inquilinos de la Casa del Ave María; no se asombre, pues a todo hay quien gaire y, bien pudiera ser que cuando menos se pensara quedara reducido de Instituto Local a Colegio Municipal de 2.ª Enseñanza, perdiendo, entre otras, la facultad de examinar, perdiendo la matrícula de fuera, perdiendo Lorca todas las ventajas de tener un Instituto Nacional, para convertirlo en Centro de paniaguados teniendo al frente a los gestionados de la feliz idea... ¡Oh, admirable! ¿verdad? ¡Qué ingéritos tan fecundos alberga nuestro país! ¡Qué luminosos pensamientos su gen en algunas mollerías! ¡Por Santa María de la Cabeza que pasa ya de castaño oscuro tanta audacia.

Si, amigos míos, si. Habría que sucumbir entonces a Murcia, a Cartagena o a Cuevas, para dar validez oficial a los estudios de los niños lorquinos... El proyecto es digno de sus concebidores.

Avisados están y el cuento destruido. No habría, pues, que extrañar si el caso llegara que pusieramos de moda *De guante blanco*.

JUAN DEL PUEBLO

## PARA LA TARDE

Recordando a Rodrigo Soriano

### La ingratitud de los jabatos

Los jabatos de las Constituyentes, de cuya lechizada el mas acometedor, despavilladillo y poseedor de las definitivas características de la especie, es el señor Pérez Madrugal, son de una ingratitud verdaderamente aborrecible.

Emboscados en los matorrales de las cumbres del graderío acechan el instante propicio de descender al hemicielo, arrolladores; como un alud, con las hirsutas crines del morrillo rígidas igual que alambres, los pequeños ojos como brasas, la testa baja, obcecada, perforante, formidablemente armada con dos espolones de marfil, mas cortantes que navajas albaceteñas.

Hicieron su aparición en esta legislatura, más dilatada y persistente que una época geológica; con la soberbia temeraria e ingénua de los que acabaran de tomar tierra desde el mismísimo arca de Noé, o como si constituyeran los primeros ejemplares de un tipo de animales inéditos hasta ahora por la Naturaleza, y cuyos antepasados se encontraran tan ajeados de ellos por el tiempo, que solamente la observación analítica y sutil del hombre de ciencia pudiera encontrar lo que con los abuelos tienen de común.

Sin embargo: el viejo jabalí, el jabalí padre, existe aun—si vivir se puede llamar a contemplar desde el picacho nevado de la vejez y el ol